



Ante la llegada del enemigo a sus puertas, los madrileños cavan trincheras a toda prisa.

La defensa popular de Madrid

CUATRO DIAS DE NOVIEMBRE

EDUARDO DE GUZMAN

NOVIEMBRE de 1936 Cuarenta y un años ya de un mes grabado a fuego en el corazón de cuantos lo vivieron; de una ocasión única, remota en el tiempo y próxima en la emoción, en que un pueblo alegre, despreocupado, bullanguero y cordial da medida exacta de su grandeza en la hora más amarga y cruel de su historia; de unas jornadas dramáticas en que Madrid no es sólo rompeolas de todas las Españas, sino trinchera y esperanza de las libertades del mundo.

De aquel Madrid serio, épico y ensangrentado se ha escrito demasiado en determinados momentos y sentidos y muy poco en otros, generalmente más abundantes y prolongados. Ensalzada mientras dura la guerra civil en que se ventila nuestro inmediato futuro junto a la paz del resto de Europa, cae sobre su gesta popular un espeso silencio tan pronto como la derrota sufrida convierte a sus protagonistas en

vulgares delincuentes merecedores del paredón, en que muchos terminan. Una pretendida superioridad en hombres y material quita todo mérito a la encarnizada resistencia. La desmesurada propaganda de un Estado totalitario procura durante décadas enteras transformar la Historia en una fábula infantil con moraleja ética: divididos los combatientes en buenos y malos, triunfan milagrosamente los primeros, mientras los últimos son aplastados como justo y ejemplar castigo de la Providencia a sus monstruosos designios.

La verdad pura y simple es que, sin restar importancia al valor de los internacionales —cuyo número no sobrepasa en ningún momento el 5 o el 6 por 100 de los combatientes españoles— ni al esfuerzo e inteligencia de los militares republicanos, la defensa de Madrid constituye esencialmente un empeño popular y revolucionario. Sobre todo en las horas críticas de la primera

decena de noviembre, cuando el Gobierno abandona la ciudad que los técnicos bélicos consideran indefendible y el pueblo decide encargarse de su defensa y rechazar al adversario.

De estas jornadas cruciales, de los cuatro días que van del 6 al 10 de noviembre de 1936, quiero hablar hoy. Pero no con la frialdad objetiva del historiador, sino con la pasión del periodista que vive esas jornadas sumergido y envuelto en la violenta conmoción popular. No con la reconstrucción arqueológica de ambientes y episodios semiborrados en la memoria por culpa del tiempo transcurrido, sino como pude reflejarlos entonces cuando estaban vivos y palpitantes en el ánimo y la retina. Reproduciendo con ligerísimas variantes lo que escribí en aquellas fechas; artículos y reportajes recogidos en un libro sobre la defensa de Madrid, publicado en España en el curso de la contienda y reeditado después en dis-

tintos países de Europa y América, aunque la última edición española continúe siendo la de finales de 1938. En estos términos contaba yo la gesta madrileña de 1936, tan silenciada posteriormente que será novedad completa para unas generaciones que apenas si oyeron alguna vaga referencia de lo que fue y representó para todos nosotros.

La ciudad en peligro

Seis de noviembre de 1936. Más que difícil, la situación de Madrid es desesperada. Contra todas las esperanzas republicanas, el mes de octubre ha sido una sucesión ininterrumpida de decepciones y desastres. El Gobierno de Largo Caballero, saludado a su constitución como "Gobierno de la Victoria", parece más lejos que nunca de poderla lograr. Los frentes que al formarse estaban en Talavera se hallan dos meses después en Use-

ra, Cuatro Vientos y Carabanchel. El cierre hermético de la frontera francesa un ya remoto 8 de agosto, priva a las fuerzas leales del abundante material que los franquistas reciben por la de Portugal, abierta de par en par. Alemanes e italianos desembarcan en Vigo, La Coruña, Algeciras y Cádiz los hombres y el armamento que misteriosos submarinos impiden que llegue a Barcelona, Valencia, Alicante o Cartagena. El enemigo avanza arrollador sobre Madrid, mientras la ciudad sufre los primeros bombardeos aéreos, sin que nadie haga ni pueda hacer nada por impedirlos.

Uno tras otros van perdiéndose los pueblos de Extremadura primero, de Avila, Toledo y Madrid después. Sobradas de valor, pero carentes de elementos, las columnas milicianas van siendo aplastadas por los bombardeos artilleros y aéreos, por la caballería mora, por los tanques alemanes y las tanquetas italianas contra los que no saben cómo luchar. Las familias campesinas huyen ante el avance enemigo y millares y millares de hombres, mujeres y niños, con carros, aperos de labranza y animales domésticos emprenden por las carreteras de Andalucía, Toledo y Extremadura un éxodo que termina en Madrid,

para meterse donde pueden o acampar en los alrededores de la ciudad o en sus calles y plazas.

Cuando llegan algunas armas por pocas que sean, se inicia un contraataque que dura lo que duran las municiones de que se dispone y acaba fatalmente de mala manera. A finales de octubre, el Gobierno cree llegado el momento de emprender una ofensiva a fondo. El día 29, un estremecimiento de júbilo recorre las líneas republicanas. Una proclama del ministro de la Guerra se reparte profusa entre los milicianos que leen emocionados: "¡Ya tenemos las armas que necesitábamos...! ¡Ha llegado la hora de la ofensiva...! ¡Adelante! Espero vuestros partes de victoria...".

Por desgracia, todo el armamento son quince o veinte tanques y un puñado de aviones. Se ataca intensamente, con furia y decisión; se toman los Torrejones y Seseña, se progresa en dirección a Illescas y los diarios anuncian la proximidad del triunfo. Pero al día siguiente la ilusión se desvanece. El día 30 desaparecen los aviones republicanos entre una nube de aparatos enemigos y algo parecido le sucede a los tanques; el día 30 se pierde todo el terreno conquistado, se produce una desbandada y los franquistas



Trabajos de descombro en la madrileña plaza de Antón Martín tras un bombardeo de la aviación franquista.

ocupan Parla y llegan a Getafe. El día 30 se derrumban todos los optimismos y la desesperación se adueña de los medios oficiales.

Madrid empieza a vivir horas de fiebre, mientras en el Ministerio de la Guerra impera la más negra desesperanza. Ni Asensio, ni Pozas ni ninguno de los componentes del Estado Mayor creen posible la defensa de la ciudad. Esperaban que la ofensiva, tanto tiempo aguardada, fuera un éxito y ha sido un desastre. Las milicias se batan con arrojo, pero les faltan elementos, organización, mandos intermedios, disciplina y conocimientos. Pensando fríamente, calculando todas las posibilidades, midiendo los efectivos de que se dispone, los técnicos profesionales consideran perdida la partida empeñada. El avance enemigo prosigue en todos los sectores. Caen sucesivamente Humanes y Griñón, Getafe y Parla, Móstoles y Alcorcón. Sus cañones tienen Madrid a su alcance; si ahora se limitan a martillar los barrios extremos, mañana pueden bombardear la Puerta del Sol.

—Madrid no tiene defensa posible.

No la tiene militarmente. Pero en la calle, la gente ignora la técnica militar porque los obreros de los sindicatos no han estudiado en Postdam, Saint-Cyr o West Point. Sólo saben que la pérdida de Madrid es la pérdida de la guerra y posiblemente su propia muerte. Están dispuestos a resistir como sea y a costa de lo que sea. El aspecto de la ciudad cambia por completo en pocos días. Se cierran comercios, oficinas, cafés, tabernas y espec-táculos. Millares de hombres, movilizados espontáneamente, se agolpan en los locales sindicales, en los círculos, radios y ateneos de barriada pidiendo armas para luchar; se multiplican las arengas, los mítines, las asambleas al aire libre. En todos los labios, una afirmación unánime:

—¡No pasarán...!

Los periódicos y las emisoras de radio repiten a todas horas la misma expresión de fe y confianza en

las propias fuerzas. Madrid ha dejado de ser la ciudad alegre y confiada. Con el ceño fruncido empiezan a levantarse parapetos por todas partes. Es posible que no sirvan de nada desde el punto de vista militar; desde el psicológico, resultan una formidable inyección de optimismo.

"¡Viva Madrid sin Gobierno!"

El 3 de noviembre se anuncia que la CNT, saltando por encima de sus postulados ideológicos, sacrificándolo todo a la imperiosa necesidad de no perder la guerra, entrará a reforzar el vacilante Gobierno. A mediodía de ese mismo día 3, Haro Delage, subdirector de "La Libertad", y yo hablamos con Alvaro de Albornoz, presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales y cuya candidatura para la Presidencia de la República ha patrocinado el periódico la primavera pasada al ser destituido Alcalá Zamora. Está indignado y no le falta razón. Considera que la pérdida de Madrid sería la muerte de la República. La ciudad hay que defenderla aun a costa de los mayores sacrificios y quienes ocupan los más altos cargos deben ser los primeros en dar ejemplo.

—Por desgracia, Azaña escapó asustado hace quince días sin advertir siquiera al Gobierno y no paró hasta Barcelona. Ahora muchos, empezando por el propio Gobierno, se disponen a imitarle.

—Protesto. Todos los partidos y organizaciones antifascistas, encabezadas por los ministros, están dispuestos, según sus palabras, a permanecer en Madrid, convirtiendo la capital de España en un baluarte inexpugnable.

—¿No me cree, eh? —sonríe melancólico Albornoz—. Pues espere unos días, sólo unos días, y tendrá que darme la razón.

Setenta y dos horas después tengo que dársela muy a mi pesar. El 4 de noviembre se accede a que cuatro ministros de la CNT entren a



Una casa del centro de Madrid destruida por una bomba de aviación.

MADRID

formar parte del Gobierno. Se accede, quizá no sólo por fortalecer el Ministerio, sino para facilitar el cambio de residencia. A los ministros les pesa Madrid. De Madrid han salido muchos personajes y personajillos con rumbo al "Levante feliz". En el primer Consejo de Ministros se plantea la necesidad urgente del traslado a Valencia. Los nuevos ministros se oponen:

—Igual que el pueblo, debemos quedarnos en Madrid, luchando hasta morir si es preciso en su defensa.

Se discute durante varias horas y no se toma ningún acuerdo. Según los militares, sólo la inmediata llegada de refuerzos en hombres y material podría salvar la capital. Parece que en Alicante se están desembarcando aviones, tanques, cañones y municiones; pero falta tiempo para traerlos a los frentes del Centro. En cuanto a los refuerzos en hombres, ¿de dónde sacarlos inmediatamente? Alguien menciona el nombre de Durruti, una figura mítica que no quiere abandonar el frente aragonés.

—Es probable que yo pueda vencerle —ofrece Federica Montseny— con el apoyo de la organización.

El viernes 6 de noviembre amanece preñado de siniestros presagios. El enemigo ataca con fuerza en todos los frentes cercanos a Madrid. Tomado Cuatro Vientos, rebasa Campamento, en la carretera de Extremadura; entra en Carabanchel Bajo y alcanza los Mataderos en la calle del General Ricardo; llega a Usera por las carreteras de Toledo y Andalucía, precedido de una lluvia de fuego y metralla. A su encuentro salen resueltos y decididos millares de luchadores anónimos. Pero, ¿cuánto podrán resistir?

—Antes de veinticuatro horas los moros estarán en la Puerta del Sol.

El Gobierno se reúne de nuevo por la mañana. Se reinicia con mayor virulencia que dos días antes la discusión en torno al abandono de Madrid. Largo Caballero argumenta con energía exponiendo la opinión del general Asensio, del general Riquelme, de todos los mandos militares en apoyo de la suya propia. La pérdida de la ciudad significa perder una batalla, pero no la guerra. A los puertos de Alicante y Valencia está llegando —¡al fin!— el material que durante meses nos ha faltado. Con él se organizan ya, en Albacete y otros puntos de la Mancha, poderosas unidades capaces de hacer cambiar en pocas semanas el signo de la lucha. Sitiado en Madrid, sin libertad alguna de movimientos, la labor del Gobierno no puede ser muy eficaz; a la capital de la nación se la puede defender mejor desde fuera. En cualquier caso, añade cansado tras varias horas de discusión, si los libertarios persisten en su negativa quedará planteada en el acto la crisis total.

—Y una crisis en estos momentos y circunstancias es la catástrofe definitiva.

Al atardecer, sigilosamente, mientras el aire de Madrid se estremece con el estruendo de la batalla que se libra a sus puertas, los ministros emprenden la marcha hacia Valencia. Absortos en su lucha, el pueblo de Madrid y quienes pelean al otro lado del Manzanares tardan en enterarse. Cuando se enteran, la noche del viernes ha quedado atrás y amanece un nuevo día. Los hombres que tras largas horas de combatir han cerrado el paso al enemigo se encogen despectivos de hombros. De un parapeto de Mataderos sale un grito desafiante, que pronto encuentra millares de ecos en la ciudad asediada:

—¡Viva Madrid sin Gobierno...!

Un pueblo en pie de guerra

Amanece gris, frío, nublado y lluvioso el sábado 7 de noviembre. Madrid continúa resistiendo. Es difícil saber cómo, pero el hecho cierto es que sigue en manos de la República. Ni siquiera los que viven intensamente la dramática noche del 6 aciertan a comprender cómo ha sido frenado en seco, contenido en los arbores de la gran ciudad, un enemigo que lleva tres meses de ininterrumpido avance, al que no se pudo detener en su caminar desde Andalucía y Extremadura. Cien veces se intentó en los cien días transcurridos y cien veces se fracasó en el empeño. ¿Cómo se ha triunfado ahora, en el último momento, cuando todo parecía total e irremediablemente perdido?

La víspera ha sido una jornada agitada, tensa y dramática. Tomados Campamento y Carabanchel Alto, llegados a las primeras calles de Usera, varias columnas inician el asalto a la ciudad mientras sus cañones dejan caer una lluvia de hierro y fuego sobre los barrios de Toledo y Segovia. Durante el día entero y la noche las radios hablan sin descanso transmitiendo soflamas, órdenes y consignas a los centros de los partidos y de los sindicatos, a los comités de barriada, de calle e incluso los que apresuradamente se han formado en cada casa de veindad. Se respira de nuevo el clima de julio y son pocos los madrileños que duermen esta noche. La mayoría, especialmente los trabajadores, ni siquiera aparecen por sus domicilios.

Las calles están a oscuras, pero no desiertas. A lo lejos, al otro lado del Manzanares, el resplandor de las bombas y granadas ilumina el horizonte mientras se escucha confuso como la ebullición de mil ollas

a un tiempo. Ante los domicilios de los partidos y especialmente de los sindicatos, formando grandes corros en la calzada, tumbados en los portales, escaleras y pasillos, millares de hombres esperan la orden de partir para los frentes cercanos. Durante la jornada se han sucedido las llamadas apremiantes:

—Metalúrgicos, en los locales sindicales a las siete de la tarde...

—Gastronómicos, a las seis...

—Gráficos, de guardia permanentemente en los talleres...

—Uso y Vestido, a las ocho...

Los partidos y los sindicatos han puesto en pie de guerra a sus hombres. Se buscan y rebuscan fusiles, escopetas y pistolas. El Ministerio de la Guerra ha dejado de funcionar, pero los comités de defensa preparan y organizan la lucha. El de la CNT funciona con increíble eficacia en estas horas críticas. Tiene hombres a su disposición en sindicatos, ateneos, cuarteles y barriadas. A su frente, un personaje poco conocido, un simple camarero embutido en un mono de trabajo, dirige el combate de la organización. Frío, sereno, sin que la gravedad del trance contraiga uno solo de sus músculos, Val da órdenes concretas:

—Vallehermoso: Doscientos hombres con lo que tengan al Parque del Oeste...

—Puente de Toledo: Toda la gente hacia Mataderos. Disparad sobre el que se vuelva...

—Controles: Que no salga nadie de Madrid con fusiles ni pistolas. Recoged todas las que podáis. Hay cientos de compañeros esperando armas...

Los trabajadores responden como un solo hombre. Con fusiles, rifles, pistolas o bombas de mano de fabricación rudimentaria, millares de obreros corren a sus puestos. Por las calles de Segovia y Toledo, entre el estruendo de la batalla cercana, se cruzan dos ríos humanos. Hacia el Manzanares bajan los luchadores que van a levantar con sus cuerpos el dique que impida la invasión. De los puentes suben, aplastados por el peso de los miserables ajueres, las mujeres y los niños de las barriadas que escapan de sus hogares incendiados o ametrallados.

La defensa de Madrid está en la noche del 6, como lo estará en las jornadas del 7 y 8 de noviembre, en manos de los trabajadores. El Gobierno marcha hacia Valencia. En el Ministerio de la Guerra no ha quedado nadie en su puesto. A las seis de la tarde, Miaja ha recibido una orden en sobre cerrado que no deberá abrir hasta doce horas después. Y dentro de doce horas será seguramente tarde para todo: para organizar la resistencia, para defender Madrid e incluso para salvar la propia piel.

En Carabanchel Bajo, en Mataderos, en Usera, en los altos del paseo de Extremadura, en las tapias de la Casa de Campo se combate encarnadamente. Unos cuantos guardias, unos centenares de milicianos ven surgir a su lado millares

Orden de Largo Caballero a Miaja el 6 de Noviembre

A las siete de la tarde del viernes 6 de noviembre de 1936, el general don José Miaja Menat recibe de manos del subsecretario del Ministerio de la Guerra, general Asensio, un sobre con una orden del presidente del Consejo y ministro de la Guerra, don Francisco Largo Caballero, con la recomendación de que no lo abra hasta las seis de la mañana del día siguiente. Cuando lo abre, el general Miaja encuentra una orden redactada textualmente en los términos siguientes:

"Ministerio de la Guerra. El Gobierno ha decidido, para poder continuar su primordial cometido de defensa de la causa republicana, ausentarse de Madrid, y encarga a usted la defensa de la capital a toda costa. Al fin de que se le auxilie en cometido tan trascendental, al margen de los organismos administrativos, que continuarán actuando como hasta ahora, se constituye en la capital una Junta de Defensa de Madrid, con representación de todos los partidos políticos que forman parte del Gobierno y en la misma proporción que en éste tienen. La presidencia de la Junta la ostentará V. E. En ella tendrá V. E. facultades

delegadas del Gobierno para la coordinación de todos los medios necesarios para la defensa de Madrid, que habrá de llevarse a su más extremo límite. En caso de que, a pesar de todos los esfuerzos que se realicen para conservarla, haya que abandonar la capital, ese organismo quedará encargado de salvar todo el material y elementos de guerra, así como todo cuanto pueda ser particularmente útil al enemigo. En tal caso desgraciado, las fuerzas procederán a la retirada en la dirección de Cuenca, para establecer una línea defensiva en el lugar que indique el general jefe del Ejército del Centro, con el cual estará V. E. en contacto y relación de subordinación para los movimientos limitados, y del que recibirá órdenes para la defensa, así como el material de guerra y abastecimientos que se les pueda enviar. El cuartel general de la Junta de Defensa se establecerá en el Ministerio de la Guerra, actuando como Estado Mayor de ese organismo el del Ministerio de la Guerra, aunque privado de aquellos elementos que el Gobierno considera indispensable llevarse consigo. Madrid, 6 de noviembre de 1936. Largo Caballero". ■



Trincheras abiertas en la plaza de la Moncloa.



Milicianos e internacionales luchando en la Casa de Campo de Madrid.

de combatientes espontáneos. No hay armas para todos y cuando un hombre cae, otro recoge su fusil o su pistola para seguir disparando. Contra lo que luego afirmarán algunos, ningún general dirige la batalla en el campo republicano. Si a los pocos militares que han quedado en guerra se le preguntase quién sostiene el combate, no sabrían qué responder. Defendiendo Madrid hay seis columnas destrozadas, diezmadas por la aviación y la artillería enemigas, desmoralizadas por los constantes repliegues. No pueden ser ellas quienes impidan que el enemigo llegue esta noche a la Cibeles. En realidad es el pueblo de Madrid, movilizad por los sindicatos y los partidos antifascistas, quien revive, centuplicada, su gesta del Dos de Mayo.

En la mañana del 7 de noviembre continúa el combate con redoblada intensidad. Esta misma mañana, los periódicos de medio mundo anuncian en grandes titulares que Madrid será ocupado dentro de unas horas por las fuerzas nacionales que ya combaten en los arrabales contra un enemigo heterogéneo, sin armas, sin moral y sin posibilidad alguna de seguir peleando. Algunos comentaristas solventes afirman en tono doctoral:

—Militarmente, Madrid no tiene defensa posible. Sólo unos grupos

desesperados, que ignoran los más elementales rudimentos de estrategia, pueden empeñarse en una suicida resistencia que, en cualquier caso, no podrá prolongarse muchas horas.

A manos del general Mijaia llegan esta mañana algunos telegramas de felicitación para los generales franquistas conquistadores de Madrid. El primero procede del Gobierno y Presidente de Guatemala. Pero los trabajadores, que nada saben de estrategia, que ignoran que están militarmente vencidos, continúan empeñados en luchar. Esta misma mañana del 7 de noviembre, el Sindicato Unico de la Construcción radia una orden tan emotiva como ejemplar que dice en su admirable laconismo:

“Todos los trabajadores de la construcción que no estén en lista y controlados por el Consejo Mixto de Fortificaciones, se concentrarán en los sitios indicados por sus respectivas organizaciones, con sus meriendas correspondientes, para marchar a donde sea preciso en defensa del pueblo de Madrid”.

(Son hombres que van a luchar, a morir tal vez, de una manera oscura y anónima, sin que nadie les hable de honores ni recompensas. Se les exige, en cambio, que lleven su merienda si quieren comer. Y

con orgullo habrá de proclamarse más tarde que ni un solo trabajador deja de cumplir su duro y penoso deber. Cuando la violencia de la batalla, que ahora comienza prácticamente, se remansa en horas de relativa paz y se pueda hacer un recuento de las bajas sufridas, se podrá decir con un trémulo de emoción en los labios: “En la fortificación y defensa de Madrid, en los combates librados dentro y alrededor de la ciudad, han muerto cinco mil afiliados al Sindicato Unico de la Construcción”.)

Con armas o sin armas

Durante toda la jornada del 7 de noviembre se pelea con dureza en los frentes madrileños. A las órdenes directas del general Varela, cinco grandes columnas —apoyadas por una aviación que es dueña absoluta del cielo, fuertes bombardeos artilleros que no pueden tener réplica adecuada y precedidas por numerosos tanques— emprenden el asalto frontal de Madrid. Pese a la resistencia encontrada la noche anterior, da por segura la ocupación de la ciudad en pocas horas. Los tanques y la caballería mora han sido hasta ahora el arma más eficaz contra los milicianos, que incapaces de hacerles frente y temerosos de ser copados retroceden y se desmandan.

Pero hoy la situación ha variado. La caballería mora sirve de poco para luchar en el interior de una población donde cada casa se ha convertido en un fortín. Fusiles y ametralladoras colocados en terrazas, balcones y ventanas acaban con facilidad con los jinetes, que ofrecen un blanco espléndido. Los tanques también resultan mucho más vulnerables de lo que sus tripulantes suponen. Cuando dos de los tanques llegan ante una trinchera, salta de ella un hombre joven y ágil. Las ametralladoras de los monstruos acorazados disparan y quienes las manejan creen verle caer. Los tanques reanudan su avance, pero cuando están cerca, el individuo que saltó de la trinchera se incorpora ligeramente en el suelo para lanzar contra la máquina una bomba de mano. El carro queda inmóvil, volcado sobre uno de sus costados luego de la violenta explosión. El otro tanque quiere vengarse, pero sólo consigue ser destruido a los pocos segundos por una nueva explosión.

La noticia corre rápida a lo largo de los frentes. Un marino republicano, Antonio Coll, ha encontrado la manera de combatir a los tanques. Un poco de serenidad, un mucho de valor, unas granadas de mano y el carro blindado quedará destruido antes de llegar a la trinchera o al parapeto. (Antonio Coll morirá dentro de unos días en este mismo si-

tio. Será uno de los héroes populares de la defensa de Madrid. Tendrá muchos imitadores. Incluso en esta misma jornada del 7 de noviembre.)

Pedro Ramos es un maestro de escuela. Durante varios años ha enseñado a leer y escribir a centenares de muchachos. Al empezar la guerra empuña un fusil y pelea en la sierra y el Tajo. El 7 de noviembre está en Madrid como comandante de un batallón de la columna España Libre que a mediodía rechaza un fuerte ataque enemigo. Por la tarde, luego de una intensa preparación artillera, se reanuda la acometida adversaria. A su frente, cuatro tanques que bajan por la calle de General Ricardos en dirección al Puente de Toledo. Ramos indica a los hombres que le acompañan en la trinchera:

—¡Cuando estén cerca, saltaré...! Ramos sale de la trinchera y se aproxima arrastrándose por el suelo cuando el primer tanque está a menos de treinta metros. Centenares de hombres siguen con la vista casi sin respirar su arriesgada empresa. De pronto, Ramos se incorpora, una granada cruza el espacio, una explosión aturde los oídos y el tanque queda destrozado e inmóvil al dispersarse la humareda. Pero al tiempo que Ramos se incorpora, el tanque dispara. Nueve balazos acaban con la vida del maestro, que muere junto al carro blindado. Enardecidos por su ejemplo, sus compañeros salen de la trinchera y lanzan sus bombas contra los tanques restantes, que retroceden apresuradamente.

Algo parecido sucede en los demás frentes. Las columnas de Castejón, Asensio, Barrón, Tella y Serrano tropezan en todas partes con una resistencia inesperada y resuelta. Si consiguen avanzar en algunos sectores, han de pagarlo a un precio demasiado elevado. Cuando se rompe una línea defensiva, no se produce la acostumbrada espantada, sino que la línea se rehace veinte o treinta metros detrás, en nuevas trincheras y parapetos preparados a toda prisa. La caballería mora ha perdido toda su eficacia; los tanques ya no inspiran un temor contagioso y son destrozados en las calles de Mataderos, Usera o el Puente de Segovia. Cuando algunos grupos aislados consiguen infiltrarse a espaldas de las fuerzas republicanas, la población civil no huye asustada, sino que les tirotea desde las casas y muy pocos logran regresar junto al grueso de sus unidades.

La aviación intensifica sus bombardeos, no ya sobre los barrios extremos, sino en el centro de la ciudad. Pero los bombardeos no producen el pánico ni la desmoralización esperada. La gente, sorprendida en plena calle, recoge sus muertos, aprieta rabiosa los puños y acentúa su voluntad de resistencia

MADRID

a todo trance. Mientras la lucha y los bombardeos prosiguen, Miaja empieza a actuar. Al abrir el sobre entregado en la tarde del 6 por el subsecretario de Guerra antes de abandonar Madrid en seguimiento del Gobierno, comprueba que se le ordena la defensa de la ciudad amenazada y la constitución de una Junta de Defensa integrada por representantes de los partidos y organizaciones antifascistas. Todos le ofrecen sin reservas su ayuda y colaboración. La Junta se constituirá esta misma tarde, si para entonces continúa la resistencia, cosa harto dudosa porque se carece no sólo de aviación y artillería, sino incluso de municiones de fusil para sostener un combate prolongado.

A mediodía ya, un ayudante de Miaja se asoma a un balcón del Ministerio de la Guerra. Bromeando, un periodista le interroga:

—¿Qué, buscando la marcha?

—Nosotros no nos iremos—afirma serio el militar—. Pase lo que pase, continuaremos en nuestros puestos.

Luego, irónico, añade:

—Me asomaba para ver llegar a la caballería mora...

A las siete de la tarde se constituye la Junta de Defensa. La integran hombres jóvenes y resueltos, casi todos los cuales acuden a la reunión desde las trincheras y parapetos en que han estado luchando hasta media hora antes. Quedan dolorosamente impresionados al conocer la exacta situación, mucho más grave de lo que pudieron suponer en sus puestos de lucha. Falta lo más imprescindible para proseguir la batalla. En el acta de constitución de la Junta, firmada a las 22 horas del sábado 7 de noviembre, se dice textualmente con descarnada sinceridad:

"A continuación expuso el general (Miaja) la situación militar encontrada la noche anterior al tomar el mando de las fuerzas de la defensa, cuya cuantía ignoraba y cuya situación en el frente no era posible conocer, pues únicamente pudo averiguar que la columna Barceló se hallaba en Pozuelo; la de Galán, en Húmera; la de Escobar, en la carretera de Extremadura; la de Mena, en Carabanchel; la de Bueno, en La Marañosa, y la de Lister en la carretera de Getafe. La capacidad combativa de estas fuerzas coincidían todos los informes en que era nula y su moral escasísima por los constantes repliegues efectuados en los días anteriores. Reservas a disposición del mando, ninguna. Se habían empleado todas las unidades, y en el Parque de Artillería de Madrid sólo había material y municiones para tres horas de fuego".

El panorama no puede ser más desolador y sombrío. No obstante,

la voluntad unánime de los reunidos, expresión fiel de la decisión del pueblo madrileño, no ofrece dudas ni vacilaciones. Con armas o sin ellas, con refuerzos o sin refuerzos, hay que proseguir la lucha sin permitir debilidades ni desmayos. El enemigo no pasará y Madrid se convertirá en la tumba del fascismo, aunque en esa misma tumba haya que enterrar a todos sus defensores. Minutos u horas después—las estaciones de radio no interrumpen hoy sus emisiones y los periódicos estarán en la calle antes del amanecer—, todos los medios de difusión repiten las mismas con-

encuentra el cadáver de un capitán que lleva una copia del plan general de operaciones de Varela. Merced a ella, Miaja y Rojo se enteran del propósito enemigo de atravesar la Casa de Campo y ganar Rosales y Cuatro Caminos para bajar por los bulevares y por Fernández Villaverde hasta la Castellana, eludiendo la pelea en las calles empinadas y estrechas de Toledo y Segovia. Urge mandar a la Casa de Campo, donde esta noche se pelea ya con dureza, refuerzos que nadie sabe de dónde sacar.

Por fortuna, en la mañana del domingo 8 de noviembre, Federica

Las figuras—altas, corpulentas, con chaquetones blancos de piel de cordero— penetran en la Casa de Campo, donde el enemigo ha tomado ya las alturas del Garabitas y el Cerro del Águila. De allí el aire fresco de la mañana trae a la ciudad, junto al estruendo del combate, el eco de sus voces:

—... le jour de gloire est arrivé...

Simultáneamente cruzan Madrid, sin apearse de los camiones, las milicias confederadas con Mera, Palacios, Benito, Villaverde, Román, Guevara y Valle a la cabeza. Al aire, los pañuelos rojinegros y en la garganta un himno revolucionario, bajan por el paseo de San Vicente y la Dehesa de la Villa, sobrepasan el Manzanares y penetran en las frondas de la Casa de Campo, donde muy pronto morirán más de la mitad. Tras ellos, como una estela sonora, la llamada a la lucha:

—¡A las barricadas, a las barricadas...!

Los internacionales se batían con denuedo. Con igual decisión pelean a su lado los españoles—libertarios, comunistas, socialistas, republicanos y liberales—, diez o doce veces superiores en número que defienden los pinares de la antigua posesión real, las faldas del Garabitas, el lago y la carretera de Castilla. Los días 8 y 9 se pelea sin descanso ni interrupción, mientras la aviación trata de amedrentar a la población civil con bombardeos masivos de los barrios populares y de Argüelles. Pero si la población civil aguanta estoicamente, los combatientes no retroceden un solo paso. En la noche del lunes, luego de un combate durísimo que dura diez horas, el parte oficial puede decir, orgulloso y lacónico: "Pese a la violencia del ataque enemigo durante todo el día, nuestras líneas no han sufrido modificación alguna".

La batalla de Madrid, iniciada a principios de noviembre, se prolonga hasta finales de marzo. En los cinco meses de ininterrumpido pelear participan en ella ciento cincuenta mil hombres, enjambres de aparatos de caza y bombardeo, centenares de tanques y millares de ametralladoras y cañones. En el ataque a la ciudad, la Legión Cóndor prueba las armas y las tácticas con que Hitler conquistará pronto la mitad de Europa; Mussolini, por su parte, envía un poderoso cuerpo de Ejército con sesenta mil hombres y medio millar de aviones. Madrid conoce—mucho antes que Rotterdam, Coventry o Hamburgo— toda la barbarie de la guerra aérea con barrios enteros reducidos a humeantes escombros e innumerables víctimas. Pero nada de esto doblega el espíritu madrileño. Madrid aguanta firme el asedio durante veintinueve meses interminables y no caerá hasta el 28 de marzo de 1939, cuando la guerra está terminada. ■ E. G.

La Junta de Defensa de Madrid

A las diez de la noche del sábado 7 de noviembre de 1936 termina la primera reunión de la Junta de Defensa de Madrid, que queda constituida en la siguiente forma:

Presidencia: José Miaja, militar.

Secretaría: Fernando Frade, socialista.

Guerra: Antonio Mije, comunista.

Industrias: Amor Nuño, CNT.

Orden Público: Santiago Carrillo, Juventudes Socialistas.

Abastos: Pablo Yagüe, UGT.

Comunicaciones: José Carreño, republicano.

Finanzas: Enrique Jiménez, republicano.

Información: Mariano García Cascales, Juventudes Libertarias.

Evacuación: Francisco Caminero, sindicalista.

(Dados los cuarenta y un años transcurridos, y pese a la juventud en 1936 de la mayoría de los integrantes de la lista precedente, es muy probable que hayan muerto en su casi totalidad y el único superviviente sea Santiago Carrillo. De varios otros—Miaja y Mije, concretamente—sabemos que murieron tiempo después víctimas de la edad y las enfermedades; de otro—Amor Nuño—, que perece durante un interrogatorio policíaco en Madrid en la primavera de 1939; de uno más—Mariano García Cascales—, que es fusilado en Carabanchel en la madrugada del 17 de enero de 1945.)

signas que el pueblo ha puesto en práctica antes incluso de que fueran lanzadas.

Nadie se engaña, sin embargo, acerca de sus consecuencias. Madrid va a convertirse en un verdadero infierno los días próximos. Aunque hoy se ha superado con éxito indudable una jornada difícil, todavía serán más críticas las de mañana y pasado, las de la semana venidera e incluso las del resto del año. Para superarlas no bastará el heroísmo de los combatientes en las trincheras; se necesitará el firme y resuelto apoyo del pueblo, de la población civil, capaz de soportar—durmiendo en los sótanos y las estaciones del Metro, desafiando alegremente a la muerte en mitad de la calle— los bombardeos incansables de aviación y artillería con incendio y destrucción de barrios enteros. Sólo así, con el aliento y colaboración de todos en la defensa de la ciudad, podrá seguir siendo Madrid corazón y capital del antifascismo.

En la noche del 7 de noviembre, mientras la Junta de Defensa celebra su primera reunión, los dinamiteros vuelan un tanque en el paseo de Extremadura. En su interior se

Montseny, que está ya en Valencia de vuelta de Barcelona, anuncia, a más de inminente llegada conforme prometió, que la columna Durri ti sale ya de Cataluña con dirección al Centro. A la misma hora, dos batallones de la XI Brigada Internacional se encuentran en el Puente de Vallecas y por Ventas arriban los camiones de las milicias confederadas en que vienen desde los frentes de Guadalajara y Albarracín mil quinientos hombres a los que se suman otros tantos, apresuradamente armados, a su paso por Cuenca, Tarancón y Alcalá de Henares.

Los batallones Edgard André y Commune de París—1.700 antifascistas alemanes, franceses, polacos e italianos— desfilan medrada la mañana por la Puerta del Sol, la plaza del Callao y la Gran Vía hacia los lugares de combate. Caminan con paso firme resonando el chocar de sus botas claveteadas contra el empedrado de la calzada. La gente se agrupa a su paso para aplaudirles con entusiasmo. Van cantando canciones revolucionarias en diversos idiomas. En el aire, las notas vibrantes de "La Internacional" primero, de "La Marsellesa" después.